

Con los ojos bajos

La mañana que, por fin, me abalancé sobre ella lo hice con brutalidad, le retorcí “el brazo”, la sostuve boca abajo, la amarré por el pelo con la mano derecha, le abrí las nalgas con la izquierda, convertida en una zarpa, y la penetré salvajemente. Dionisia se mantuvo al principio con su pasividad receptiva de siempre, hasta que se puso a gritar por el dolor y luego desencadenó un huracán de brincos, forcejeos y cachetadas que volaban por el aire o acertaban en alguna parte de mi cuerpo. Todos estos movimientos iban acompañados por reproches que salían acelerados de su boca, rociados de abundantes puteadas y en un tono que fue ganando intensidad hasta convertirse en un grito ronco, entrecortado por sollozos, en un ulular opaco, preludio de un larguísimo orgasmo que me dejó petrificado y con las vísceras candentes.

El comentario de ella fue:

-¿Te gustó chamaco?

-Asombroso- le contesté a la vez que buscaba otro lugar en la cama para evitar unos lamparones rosáceos que manchaban la sábana. Ella ya había encendido su habanito. Se la veía conforme.

Esos recuerdos me confirmaron en la tranquilidad de saber que volvería a encontrarla atractiva; que cuando se repusiera, en poco tiempo, esperaba, volvería a tener para mí su aspecto de siempre, con su pelo desordenado, los movimientos incitantes, las túnicas sugerentes, la mirada vivaz y su voz flotando en el aire como una aureola.



Con los ojos bajos

“La mañana roja” desencadenó en ella la necesidad de contarme historias de violaciones. Algunas llegaron a estremecerme por su crueldad.

